

Árbol de Eternidad

Prabhasson Sevikul*

Ninwat camina de la escalera al segundo piso de una tienda de departamento, sus ojos examinan la sección guía. Aparentemente el lugar no le es familiar, mira arriba y abajo buscando el artículo particular que lo hizo salir rápidamente de la oficina hacia allá.

“Puedo ayudarlo,?” le dice a modo de saludo una sonriente vendedora en un uniforme como el de azafata. “Yo quisiera una corbata verde – solo verde hoja claro sin diseño”, él responde, pareciendo aliado con su ofrecimiento.

¿“Está bien esta,?” pregunta la joven vendedora, pasándole una corbata de la vitrina de exhibición. ¿“Tiene alguna otra, una de color más subido”? pregunta él mientras se la devuelve. “No” contesta ella rápidamente con la respuesta que parece haber estado rápidamente preparada en su mente.

¿“Qué hay de las otras marcas”? pregunta él, mirando para otro lado.

“No sé,” contesta ella en forma terminante, su cara y tono cambian como un canal de televisión cambiado por un control remoto. “Verde, especialmente verde hoja claro, no está de moda. Nadie ha hecho hace mucho tiempo una corbata de ese color.”

¿“Me reconoces,?” pregunta una voz femenina en el teléfono, sonando insegura acerca de la memoria del hombre joven al otro lado del teléfono. “Nosotros, quiero decir tú, mi abuelo y yo, nos conocimos en la tienda de departamento el mes pasado,” explica ella. ¿“Estaba él, el abuelo vestido con un uniforme de veterano de guerra,?” pregunta él, comenzando a recordar. “Sí. El abuelo Veeradej,” ella confirma.

“En efecto!” El se dice a sí mismo, recordando la imagen de un escuálido viejo pequeño, con piel con pecas y pelo gris delgado, tan fino como seda, que estaba sentado en

* Escritor, Ministro del Servicio Exterior de Tailandia.

una silla de ruedas fija en el pasillo de la tienda.

¿“Señor, está aquí para comprar algo,”? Niwat para y pregunta, probablemente porque él estaba interesado en el uniforme del veterano cuyas fotos él solo había visto en algunos libros viejos. “No”, contesta el ciudadano mayor, mirándolo fijo con ojos nublados. “Yo puedo ayudar a empujar su silla de ruedas, si Ud. quiere comprar algo,” se ofreció como voluntario. “Gracias. Pero estoy bien,” dijo el veterano mientras lentamente levantaba su mano para tocar su sien a modo de saludo.

“Ud. debe haber sido muy joven cuando fue a la guerra,” especuló Niwat.

“Sí, muy joven, el más joven de mi grupo”, asintió el abuelo. “Tú podrás decir que yo era un niño ya que yo no tenía aún 16. En esos días no teníamos certificado de nacimiento así es que nosotros inventamos nuestras propias edades. Muchas personas fingían ser más jóvenes de lo que eran. Los que tenían 25 años decían tener 20 o 18. Yo era el único que fingió tener más edad,” continuó él.

“Ud. debe haber sufrido mucho,” comentó el joven mientras se sentaba detrás de la silla de ruedas.

“Sí, hubo algún sufrimiento, pero fue más diversión y emoción,” replicó el hombre mayor, con sus ojos brillantes. “Puede ser porque éramos jóvenes, estábamos siendo aventureros, y no nos importaba mucho nada. Nosotros incluso gritábamos desafiantes cuando los aviones enemigos volaban sobre nuestras cabezas.”

Niwat rió, recordando su infancia, cuando él y sus amigos se zambulleron en un río y se quedaron pegados en la parte de atrás de una lancha mientras se burlaban de su capitán, quien les decía palabrotas y los injuriaba. La valentía o temeridad de los niños con uniformes militares en la batalla, y la de los niños desnudos nadando detrás de una lancha podría ser incomparable. Pero, en lo profundo, ellos compartían igualmente el mismo espíritu de amor por la aventura que tiene la juventud, pensó él.

¿“Has alguna vez disparado y herido o matado a alguien,”? preguntó Niwat, curioso por saber que había hecho un niño de esa edad en el campo de batalla y como sobrevivió a la situación de vida y muerte que él había enfrentado.

“Yo realmente quería disparar,” dijo el abuelo, mostrando en su cara lo que quería decir.

“Pero todos esos oficiales mayores no querían que yo ni tocara

un arma. Ellos me asignaron llevar una camilla en una unidad médica.” El veterano hizo una pausa, bajando los ojos como si estuviera escondiendo una vergüenza horrible.

“Pero yo maté una persona – la primera y única en mi vida.”

¿“Podría esperar un rato? Yo voy a llamar al jefe de la tienda para ver si aún tenemos corbatas de color hoja verde claro ahí,” propone un vendedor cortésmente. “Si hay alguna, cuanto tiempo tomará traerla,?” Niwat pregunta. “No estoy seguro, 3 o 4 horas, o puede ser no hasta mañana,” él replica a regañadientes. “No va a estar a tiempo,” suspira el cliente. ¿“Aún quiere que yo haga una llamada,?” pregunta el vendedor.

“No. Muchas gracias.”

¿“El abuelo te molestó?” preguntó una sencilla mujer, pulcramente vestida, más como cortesía que en serio, después que la persona mayor se lo presentó a ella.

“No, en absoluto,” él respondió riendo para dispersar la cambiante atmósfera, de lo cálido al frío, de la cercanía a la distancia, y desde la animada risa a la tensión – no entre ella y él, pero entre ella y el viejo.

¿“Te contó el abuelo algunas historias tontas,?” ella preguntó y continuó sin esperar respuesta: “Si lo hizo, por favor no lo tome en serio. A él le gusta inventar historias y contarlas como si fueran verdad.”

“Nosotros solo hablamos cosas generales,” él explicó, dando una mirada rápida a su abuelo, quien se veía abatido.

“Al abuelo no le gusta quedarse en la casa,” dijo ella en forma crítica. “Mientras más viejo se pone, más se porta como un adolescente que le gusta vivir en una tienda de departamento.”

“El podría estar solo” Niwat defendió al mayor. “Pero otras personas de edad prefieren serenidad a tal lugar ruidoso y caótico,” ella contestó. “No importa cuan jóvenes o viejos sean, a la gente no le gusta siempre la misma cosa. El podría sentirse más animado aquí sentado que quedándose solo en la casa, él contrarrestó,” mirándola fijamente.

“Tú parece llevarte bien con el abuelo,” comentó ella en un tono difícil de saber si era de sarcasmo o admiración.

“Yo siempre me llevo especialmente bien con aquellos que otros piensan que es difícil ser amistoso,” él contestó sarcásticamente.

“Yo quiero ir al baño,” el abuelo suplicó. “Yo te llevaré allá ,” Niwat se ofreció.

“Yo esperaré aquí,” dijo la mujer joven antes que él empujara la silla de ruedas.

¿“Querría ver otro color,”? otro vendedor trató de convencerlo. “Una camisa azul va bien con una corbata violeta o naranja.”

“Mire no se moleste si no tiene una de color verde hoja claro.” Niwat dijo cortando la conversación.

“Como mi nieta dijo, yo puedo ser un viejo tonto,” admitió el viejo. “No tienes que creer las historias que te conté.”

“Pero yo creo lo que Ud. dijo,” le aseguró el joven con confianza.

“Tú incluso crees la historia acerca del prisionero de guerra,” dijo el abuelo bajando la voz como si temiera que alguien más lo pudiera oír.

“Lo creo,” Niwat reafirmó.

“Tú eres efectivamente lo que mi nieta dijo. Tú te llevas bien conmigo.” Su afirmación sonó mitad

contenta, mitad sarcástica.

“Señor, Ud. no tiene que creer cualquier palabra de una persona que Ud. recién conoce,” respondió Niwat, ligeramente desilusionado. “Pero yo aún le creo.”

Con su mano arrugada, el viejo sacó una blanca pluma de un bolsillo de su antiguo desteñido y andrajoso uniforme, el que se veía así de viejo y sucio y se lo pasó.

¿“Qué es”? preguntó Niwat, confundido, mientras miraba a la cosa en su mano.

Guárdalo insistió el veterano, insinuando la gran importancia que él le daba a la pluma.

“Oh! No. Nadie hace nada como eso más,” dice una mujer de edad madura mirando a Niwat como si él fuera un visitante del espacio o una criatura extraña. “Digamos que yo he estado vendiendo ropa de hombre por más de 10 años, y nunca he visto una corbata verde hoja claro, ninguna. El hombre joven se está cansando y está perdiendo su espíritu de seguir buscando lo que desea.¿ “Por qué desea tanto esa corbata de ese color”? pregunta ella, su cara está llena de curiosidad. ¿“Por qué no elige una de los muchos colores disponibles”?

“Hubo una gran lucha esa noche, tres días después que mi unidad había perdido nuestro camino. Teníamos hambre y no teníamos comida ni agua” Niwat recuerda la historia del viejo, mientras sale de la tienda de departamento, dirigiéndose a la dirección dada por la mujer del teléfono. “Fue una lucha tan grande que nadie supo quien era quien. Fue solo después del alba que yo me dí cuenta que era el único sobreviviente en mi unidad, y que un soldado gigantesco del lado del enemigo también había sobrevivido. Fui afortunado que él estuviera herido, pero desafortunado porque yo tenía que tomarlo prisionero de guerra. Tú puedes darte cuenta que no era fácil para un niño que apenas tenía 16 y nunca había disparado a ningún enemigo, enfrentar tal batalla de adultos. Si él no hubiera estado tan seriamente herido, la situación hubiera sido otra.”

Yo tenía mucha hambre y estaba exhausto, y así también mi prisionero gigante.

Habíamos caminado juntos por casi todo el día hasta casi antes de la puesta de sol.

De repente, el prisionero se puso muy excitado. El mostró un gran árbol

que estaba en un pequeño cerro, y me rogó que lo llevara allá.

“El árbol mágico,” tartamudeó con éxtasis. “Por favor lléveme ahí ahora”, él suplicó.

¿“Qué es lo mágico” ? yo pregunté. “Una persona que está muriendo puede ser revivida si él reza y pide un deseo bajo el árbol,” él replicó. Yo realmente no creí lo que él dijo, pero pensé que al menos era un buen lugar para acampar en la noche.”

“Entonces lo llevé al gran árbol. Hasta este día yo aún recuerdo vívidamente su imagen—cuan grande, cuan alto, sus ramas y hojas frescas, verdes, también la última luz del día que brilló del cielo. El prisionero gigante se arrodilló en la base del árbol y rezó. El parecía estar lleno de fe y confianza. Cuando me senté a su lado, lo único que sentí fue un hambre que aplastaba mis intestinos y todos los otros órganos internos.

Yo me esforcé en mantener mi borrosa mirada en él.”

El veterano levantó sus manos para frotar su cara vigorosamente. “De repente una luz salió del árbol. Era tan brillante que hizo que todo el lugar se viera blanco, incluyendo el prisionero . Entonces este enorme cuerpo se transformó en un limpio pájaro blanco. El pájaro alegremente

arregló sus alas y cola y cantó feliz antes de venir a mí, como si quisiera mostrar su gratitud.

El lentamente cerró sus ojos, su arrugada cara mostraba aún más pliegues.

“ Mi apretado estómago e intestinos se soltaron, y la saliva comenzó a lubricar mi boca seca nuevamente, una vez que yo agarré el pájaro con mis manos.....”

El cuerpo del viejo en su uniforme de veterano de guerra está tendido plácidamente en una camilla de combate, árbol grande en una esquina del cementerio, con su hija parada al lado. Su cuerpo con su ceñido vestido negro, contrasta con el color rojo oscuro de sus labios .

“El abuelo pidió que se le enterrara aquí,” dice ella suavemente, mirando como una invitada en una fiesta de entretenciones, más que en un triste funeral.

¿“Qué más te dijo él,”? pregunta el hombre joven, llevando su mirada al difunto.

“No” ella agita su cabeza. “El solo murió calladamente sin señales de aviso. Yo no quería que su funeral fuera demasiado solo, por eso lo llamé.”

“El se ha ido a un lugar mejor,” dice él en forma consoladora.

“Sí, yo pienso eso,” ella mira en sus ojos. “Como un pájaro que vuela a un nuevo cielo.”

“Sí. Volando a un nuevo cielo,” reafirma el hombre mientras camina para arrodillarse al lado de los restos. Entonces él saca una pluma blanca del bolsillo de su camisa, y la inserta al frente del uniforme del veterano.

Niwat da una rápida mirada a una tarjeta de invitación en el asiento delantero antes de tomarla y ponerla en la guantera de su auto. La joven mujer le da una mirada rápida antes de entrar y sentarse en el asiento. ¿ “Dónde te dejo,”? pregunta él mientras maneja fuera del cementerio. “ En la..... tienda de departamento,” dice ella con el nombre del lugar donde él la conoció a ella y a su abuelo por primera vez.

¿“Quieres comprar algo ahí,”? pregunta él. “No”, ella niega. “Yo solo no quiero estar sola. Ese lugar está lleno de gente, ruidos, y colores que me ayudarán a no sentirme tan sola. “Yo puedo quedarme a acompañarte ofrece Niwat, decidiendo olvidarse de la tarjeta de invitación a la “Fiesta color hoja verde claro” que él dejó en la guantera.